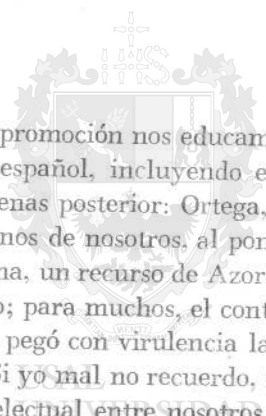


# La Generación del 98 a sesenta años vista

(HOMENAJE A AZORIN, MI MAESTRO)

ARTURO BERENGUER CARISOMO

---



Los hombres de mi promoción nos educamos literariamente bajo el signo del “noventayochismo” español, incluyendo en él a dos o tres figuras del grupo “novecentista” apenas posterior: Ortega, D’Ors, Pérez de Ayala, pocos más. Pensar que en algunos de nosotros, al ponerse a escribir, no retozará en la imaginación una página, un recurso de Azorín, de Baroja, de Valle Inclán, era pensar en lo excusado; para muchos, el contagio orteguiano fue realmente tremendo; a otros, se les pegó con virulencia la enfermedad metafísica y febril de Unamuno. Si yo mal no recuerdo, fue aquélla una de las escasas épocas de formación intelectual entre nosotros donde un grupo de escritores españoles tuvo marcada preferencia sobre cualquier otro extranjero.

Desde entonces, ha pasado medio siglo y mucha agua bajo los puentes, tanta que ni el río es el mismo ni a los puentes podemos reconocerlos. Desde esta perspectiva, y ante la desaparición del anciano y último representante de aquella pléyade, creo interesante ensayar algo así como una especie de valoración retrospectiva en torno a lo que fuera su quehacer y sus posibles resultados. Será la valoración de un otrora juvenil oficiante —luego liberado de la secta— a sesenta años vista.

## 1. — *Generación o momento.*

Baroja tenía razón: el grupo, como tal grupo homogéneo, nada tenía de *generacional*; si sus cuatro o cinco —no más— integrantes estaban de acuerdo en algunos supuestos elementales: la indignación contra el siglo XIX, el castellanismo, la necesidad de recuperar una España desmantelada y agónica la coincidencia era casi nula en cuanto a los medios para alcanzar aquellos supuestos, en cuanto al mismo *estilo* como expresión aproximadamente simi-

lar del grupo: atropellamiento y frondosidad en Unamuno; afrancesamiento "casticista" en Azorín; directa sencillez impulsiva para Baroja; barroco modernista para Valle Inclán; ese *estilo*, decía, en ningún momento adquiere, no digo ya ritmo semejante de época, ni siquiera parecido en rasgos comunes y elementales. Se puede hablar y se puede probar un estilo clásico, romántico, culterano, parnasiano, etc.; reducir a un mínimo común denominador la forma o formas "del 98" es tarea prácticamente imposible.

No, no creo pueda legitimarse el título de *generación*; quizá, sí, un momento de fecundo encuentro temporal, y nada más. Sobre cualquier presumible afinidad colectiva, sus hombres acusan el más agresivo individualismo; la más radical intransigencia personal.

Por otra parte, no me parece ejercieran una profunda y extensa sugestión; en rigor, y a pesar de todo, fueron una selecta minoría intelectual con muy escasa energía divulgadora, para entendernos, *popular*; ni siquiera Baroja, bajo cuya apariencia de novelista sencillo y accesible se esconde un escritor muy complejo, a ratos malhumorado y a ratos arbitrario. El influjo del grupo —en ese sentido indudable y, sospechamos, más en la cándida América que en España— fue casi exclusivamente un influjo entre los universitarios, diríamos, un contagio *profesional* restringido y sin proyecciones de *escuela*.

## 2. — *Aquella España.*

Una "generación" cuya finalidad esencial es disolver difícilmente llega a un grado efectivo de coherencia; es cierto: todo grupo nuevo se propone alegremente la ruina del inmediatamente anterior, pero, al mismo tiempo, viene a la palestra con un programa de acción, de soluciones, claro está, reductoras y, para su entender, definitivas. Nada más vago y difuso que este programa en los hombres "del 98"; en rigor, fuera de la urgente necesidad de "otra España" —con exactitud ninguno sabía cómo ni cuál— sería muy difícil detectar algo más orgánico y definido y que, además, en lo poco rescatable, no estuviera lleno de reticencias y contradicciones <sup>1</sup>.

Cierto es también —seamos ecuanímenes— que las circunstancias históricas de su época no daban para mucho más: España pasaba por el momento más bajo de su depresión en política, en economía, en educación, en nivel social; sobre la aurora del siglo XX se acumulaban trágicamente todas las sombras, escombros y fracasos de cien años caóticos, de cien años donde el signo externo del quehacer español parecía haber sido una porfiada voluntad de error y frustración. ¿Podía pedírsele a los jóvenes de entonces, en su agresivo nihilismo, una actitud más morigerada, siquiera una voz de comprensión o un gesto de disculpa?

<sup>1</sup> A título histórico y, por supuesto, sin meterme en política ajena, lo digo porque cuando, en 1923, Primo de Rivera quiso galvanizar la monarquía moribunda suprimiendo algunas libertades, que en esencia eran libertinaje, y enderezar la marcha social del país, los corifeos "del 98" se le pusieron instantáneamente en contra, esgrimiendo un curioso antimilitarismo aquellos mismos que habían defendido a *los hombres de acción* (Baroja), o habían enaltecido estéticamente las guerras carlistas (Valle Inclán) o se habían alimentado con la filosofía del superhombre nietzscheano (Unamuno o Baroja).

### 3. — *El siglo XIX.*

Y, sin embargo, durante aquellos cien años, no todos fueron fracasos. La perspectiva errónea "del 98" radicó en calumniar todo el pensamiento del siglo XIX, obligándolo a someterse a su punto de vista; en la batida —algo así como un *progroom* o purga en nombre de la inteligencia— cayeron desde personajes curiosos, pintorescos e inútiles como el Dr. Letamendi a hombres del calibre de Menéndez Pelayo o Ramón y Cajal; ni Lope ni Góngora ni Cervantes —con la milagrosa excepción del *Quijote*— en este afán de iconoclasia en contra de las consagraciones, diríamos, oficiales del siglo anterior, escaparon de la condena.

Tal actitud, en cierta forma deslumbrante y sobrecogedora como todo lo violento, comprometió la serenidad para aquilatar una serie de valores admirables, geniales algunos, ahogados en medio de la indiferencia europea con la que España había sido aislada en relación directa a su desastrosa historia política y social.

Hoy, cuando se habla de *la vuelta* a Espronceda, a Campoamor, a Galdós, a Valera, a Menéndez Pelayo, inclusive, a lo aparentemente más ínfimo como el *género chico*, la crítica debe apartar previamente montones de ceniza a fin de poner las cosas en claro <sup>2</sup>. Más aún: como era inevitable, los escritores "del 98" encontraron en ese mismo aborrecido siglo XIX momentos de encendida y trágica belleza histórica —quizás una de las pocas heroicas en la aburguesada centuria de las luces— para evocarlas literariamente: Unamuno, Baroja, Valle Inclán, de un modo u otro, son, después de Galdós, los mejores intérpretes de la guerra de la independencia, las luchas contra el absolutismo realista o la beligerancia del carlismo.

### 4. — *Las ideas.*

Dicho queda: es muy difícil —le tengo mucho respeto a la palabra *imposible*— definir un pensamiento orgánico en esta sedicente *generación*. La metafísica de Unamuno, el torturado y bronco planteo ontológico y religioso de *Del sentimiento trágico de la vida*, por ejemplo, es una expresión absoluta y narcisista de su "yo", que aún suponiendo fuera, y de hecho lo es, grávida anticipación de futuras angustias europeas no pasa de ser *unamunismo* puro, todo lo rico e inquietante que se quiera, pero, sin remedio, limitado a una avasalladora expresión individual donde, comprometiendo lo mínimo de objetivo y orgánico inherente a cualquier *filosofía*, cunde el más lujurioso y barroco lirismo subjetivo. Poeta y magnífico lo fue don Miguel: lo fue en sus versos, en las *nívolas* o en el teatro; en el fondo, siempre explosión de él mismo, de ese *su yo* profundo y misterioso que era, en verdad, lo único que le interesaba <sup>3</sup>.

<sup>2</sup> La bibliografía de estas *revisiones* es hoy enorme y no corresponde reseñarla aquí; baste con recordar los nombres de Joaquín Casaldueiro, Dámaso Alonso, Pedro Laín Entralgo, Vicente Gaos, José F. Montesinos, José Deleito y Piñuela, etc., para certificarla.

<sup>3</sup> Baroja, que lo tenía en muy poca estima, decía: *para Unamuno (la gloria) es pensar que dentro de mil años se van a ocupar de él (Juventud, egolatría - III - 10)*. Ortega, entiendo, es quien rectifica esta posición subjetiva porque si bien hay en él mucho de es-

Baroja, con toda su vítola de anarquista, con toda su detonante carga de violencia: *imbécil, bruto, repugnante, obsoleto, ridículo* ya los señalaba Ortega como sus adjetivos predilectos, con toda su apariencia hirsuta de revolucionario era, en lo esencial, un materialista rezagado del siglo XIX; un disconforme burgués lleno de preocupaciones económicas —*esto me dio algún dinerillo; aquello me lo pagaron muy bien*— e incapaz —él lo confiesa en *Juventud, egolatría*— de violentar ni siquiera una ordenanza municipal. Yo le conocí en sus últimos años y me dio la impresión de un buen *gnomo* malicioso y burlón, bien provisto de cautela y marrullería, que estaba ya más allá del bien y del mal, sin pizca de ambiciones catastróficas.

Su devoción por la Ciencia, así, con mayúscula, que, en rigor, se limitaba a la Biología; su anticlericalismo de una pasmosa e increíble vulgaridad; su nihilismo incongruente —ya lo veremos—; su misma inoperancia para la acción en quien tanto hablaba de su necesidad, lo colocan meridionalmente en el plano teórico del *positivismo* —al que jamás menciona— y cuando éste ya había perdido toda su eficacia como doctrina y como actividad, más, en el fondo, y como buen *positivista* especulativo, era un romántico soñador de mundos mejores bastante parecido, quizá a pesar suyo, a los socialistas utópicos de la edad dorada. Por otra parte, lo que podríamos llamar su crítica social —el punto convergente “del 98”— se ciñe tanto a una España *provinciana* y estancada que hoy— después de tantos y tan drásticos episodios como ha sufrido aquella tierra— ha quedado absolutamente perimida. Se tiene al leer, verbi gratia, *La dama errante* o *El mundo es así* o *El árbol de la ciencia* la impresión de asistir al espectáculo de una película muda, temblorosa, desvaída y remota en cuanto se refiere a ideas y sentimientos. Ahora, eso sí, quedan como notables e indelebles *documentos* de una época —yo diría *periodísticos* si no fuera demasiada blasfemia— porque lo genial en Baroja no fueron sus doctrinas ni su “filosofía”; no su nihilismo contradictorio y arbitrario —beato de la anarquía y devoto de su tradición vasco-nobiliaria— sino su valor de aguafuertista, su facultad realmente prodigiosa para el retrato y para novelar mediante su estilo aparentemente roto y desaliñado pero con un extraordinario poder de captura. Era inevitable concluyera Baroja en lo que concluyó: en la narración de aventuras heroicas con fondo histórico y en las *Memorias* en las que tanto y tan a gusto se redodgeaba <sup>4</sup>.

Hay estudios parciales sobre algunas ideas filosóficas de Azorín; sin duda que al delicado escritor levantino le preocupaban dos o tres temas fun-

guince verbal y de juego dialéctico, hay, también, un pensamiento fundamental y trascendente capaz de originar una dirección y fundar un sistema objetivo y armónico.

<sup>4</sup> Cuando la Editorial Nelson le pide un prólogo confesional para *La dama errante*, Baroja afirma nada le molesta tanto como hablar de él mismo; tres años después (1917) publicaba *Juventud, egolatría*, donde no hace otra cosa que autobiografía profunda de lucimiento personal; lo mismo vuelve a repetirse en el prólogo a las *Páginas escogidas* de la Editorial Calleja (1918) y concluye en los varios tomos de sus *Memorias: Desde la última vuelta del camino*. Don Pío era así, tenía cosas, como decía Larra; a los americanos nos llamó *monos que imitan*, chabacanos y otras lindezas por el estilo (*Juventud, egolatría* - XV - 3), para concluir sin empacho en colaborador de un periódico porteño.

damentales: la idea del tiempo, la angustia de lo perenne en lo temporal, el desarrollo de una más fina y exquisita *sensibilidad*; de un modo u otro, estos motivos vuelven a sus libros fueren descriptivos, esquemáticamente novelescos o de crítica literaria; ahora bien, ¿diríamos que existe en Azorín una problemática planteada, desenvuelta y, equivocada o no, aproximadamente resuelta?; sería hartó riesgoso contestar a este interrogante <sup>5</sup>.

Aquella misma violencia aniquiladora, que pareciera ser el único signo aglutinante de la supuesta *generación*, lo puso en contradicciones y en tren de rectificarse a cada paso; esto no es vituperable ni muchísimo menos —¡que testifique Unamuno!— pero es un indicio de cómo el grupo no respondía a una conciencia mínima de ideas comunes.

Naturalmente, como todos, se lanza al ruedo con aires de anarquista; en *Charivari* (veintitrés años — 1896) no deja títere con cabeza ni prestigio en su pedestal. Es la hora de los manifiestos *contra*, de los homenajes póstumos *a favor de*, de los banquetes al cofrade, en suma, de las ceremonias iniciáticas. Azorín gustaba mucho de esta suerte de rituales masónicos que él creería, con seguridad de buena fe, formaban *vida generacional*; en realidad, actos externos; algunos de mal gusto como la proclama *contra* Echegaray; otros, puramente decorativos como la visita *a favor de* la tumba de Larra, tan parecidos a los estruendosos cuanto inocuos cohetes de verbena. El final de estas explosiones fue hispánicamente tradicionalista: la covacha del periodismo madrileño y un acta de diputado —*un pobre hombre que no ha podido lograr un acta de diputado* (*Las confesiones de un pequeño filósofo - XVI*)— por el lado monárquico y conservador de don Antonio Maura.

Como el mundo ha dado muchas vueltas y los cambios se han acelerado prodigiosamente, uno se pregunta si la literatura de Azorín podrá mantenerse en lo que tiene de más esencial: esa visión menuda, repetida, sutilizada del pequeño detalle y la circunstancia ocasional; si las revueltas aguas de nuestra época serán corteses con este *impresionismo* azoriniano de naturaleza más emotiva que pictórica. Tengo mis graves sospechas de que, quizá muy pronto, será leído apenas con curiosidad aunque, sin duda, con deleite, un deleite en tono menor pero deleite al fin. Azorín recuerda mucho el tono de Sterne, y el delicioso autor de *El viaje sentimental* si no es lectura para todos si lo es para quienes, todavía, gustan de ese esfumado donde lo trascendental apenas se insinúa delicadamente; deleite para horas serenas y, digamos así, con ciertas aspiraciones aristocráticas.

Resulta francamente curioso que los hombres “del 98” siempre dejen un rastro distinto al de sus originales propósito demoledores; que siempre, de un modo u otro, concluyan en la tradición: Azorín, buscando la reforma y avance de los quietos y vetustos pueblecillos de España será recordado siempre, y quizá por eso sólo, como el más fino y apasionante testigo literario de aquella quietud y aquella vejez.

<sup>5</sup> Algunos ensayos muy interesantes de Julián Marías, especialmente, sobre *Doña Inés*, y un libro del profesor valenciano F. Marco Merenciano: *Fronteras de la locura* (Edic. Metis - Valencia - 1948) sobre algunos personajes de la misma novela.



Valle Inclán, el tercer mosquetero de la trilogía fundamental, aparece, la verdad sea dicha, como el más trasañejo y, por lo mismo, el más actual de todos, el más auténtico. Al cabo de probar varios licores y echar de cada uno —Barbey D'Aurevilly, D'Annunzio, Dario— un tanto en su alambique, destiló, por fin, un producto: el *esperpento*, que en su vieja España —la que él amaba apasionadamente pues se sentía hidalgo pícaro y soldado de los tercios al mismo tiempo— registraba antecedentes de subido abolengo: el Arcipreste, Francisco Delicado, Quevedo, y, si vamos a la pintura, ahí están Velázquez —el de los pordioseros y los enanos— o Goya —el de los cartones y los *caprichos*— para acreditarlo.

Yo tampoco creo mucho cuando me hablan del *pensamiento* de Valle; me parece que eso de proponer una “filosofía”, un tema coherente, lo tenía absolutamente sin cuidado; a veces, es cierto, dice cosas bellísimas y aun profundas, pero están dichas al azar de otra cosa; esa *otra cosa* era su maravilloso instrumento verbal, su impresionante arte de expresión; su estilística, en una palabra; en eso era poco menos que genial; así, sin atenuantes. Ahora bien, como en el fondo de su ánimo y su ser encerraba a un gallego tradicionalista y feudal; como, allá en lo soterrano, se sentía un infanzón fracasado en este siglo de industrias y democracia; como, de haber vivido en el siglo XVII, hubiera sido, y con muchísimo gusto, capitán o inquisidor, se debatía en perpetua guerra con este igualitario e indiferente mundo burgués de su tiempo mediante sus continuados desplantes de hombre agresivo, iconoclasta y desahogado. Un gobernante español lo calificó de *eximio escritor y extravagante ciudadano*; la frase sentó muy mal a los beatos del liberalismo pero, en su esencia, no decía más que la verdad; Valle Inclán fue eso, un estupendo escritor en lo que escribir tiene de arte formal y un *ciudadano* —como quien dice un quisque más del gregario siglo XX— absolutamente descolocado en su hora y en su actuar. El copioso y divertidísimo anecdótico que se le atribuye, parte verídico y parte inventado por él mismo, no era sino la válvula por donde Valle daba escape a esa incomodidad de quien vivía perpetuamente a contrapelo.

Se me ocurre que el autor de *Luces de bohemia* debió sentir un gran alivio cuando tropezó en su andar literario con la fórmula del *esperpento*. Era la solución a un doble problema: atacar siempre —la divisa “del 98”— y hacerlo con la más fina y aguda de las posibilidades artísticas, con la más aristocrática: la caricatura estéticamente elaborada. Bajo del chafarrinón deformante y burlesco, aparentemente popular del *esperpento*, se escondía una actitud apartadiza, refinada y señorial. Fue un hallazgo de soberana inteligencia; inteligencia, yo diría, *musical*; en el fondo, el *esperpento* lo instrumentó el *gran don Ramón* llevando hasta las últimas consecuencias su poderosa habilidad para manejar los timbres del idioma pasando de una escala cromática empastada y sonora a otra casi atonal que, sin embargo, nada había perdido de su penetrante y sugestivo poder melódico.

Además, esa forma de macerar la realidad tenía, y tiene, tal aire de

cosa presente, de literatura exasperada y en crisis, de rebeldía —por supuesto mucho más auténtica que el anarquismo teórico de Baroja o las inocentadas juveniles de Azorín— que no es extraño sea uno de los productos más vigentes, menos deteriorados de la famosa “generación”. Curioso problema literario digno de más prolijo análisis: el hecho de un *esteticista* —Valle Inclán era eso por sobre toda otra calificación— cuya etapa final utiliza esa misma facultad para una *caricatura* grotesca y terrible, repetimos porque importa, de aparente desgarró popular. Quizá, como solución elemental y urgente del problema, podría decirse que sin aquella condición primera no hubiera sido posible la segunda.

5. — *Asombro provinciano*.

Unamuno, de Bilbao; Baroja, de San Sebastián; Azorín, de Monovar; Valle, de la Puebla de Caramiñal; todos, venidos de la periferia, llegan a Castilla y de Castilla a la Conquista de Madrid. No podría jurarlo pero se me ocurre que ninguno de aquellos puntos geográficos podían ofrecer —y allá por los ochentas del siglo XIX— una vida ni muy densa ni muy variada. Hay algo que se adhiere al ser en los primeros años, en las impresiones fundamentales y queda luego como intransferible e insobornable. ¿No se nota en todos ellos como un resabio de este *provincianismo* nativo? ¿un dejo de la original vida zahareña y limitada? ¿un poquitín del *pelo de la dehesa*? Puedo estar viendo visiones; no lo creo. Superficialmente, queda manifiesto el apego terruñero de cada representante: *Paz en la guerra* de Unamuno; *Las confesiones de un pequeño filósofo*, Azorín; *El mayorazgo de Labraz* y tantas otras, Baroja; las *Comedias bárbaras*, Valle Inclán; doy índices; hay bastante más; pero, si ahondamos, se va descubriendo en todos ellos un afán de *uropeización*, siempre explicado como actitud regeneradora de la España cerrada, estática y supuestamente caduca en donde les tocó nacer; admitamos fuera ésta la justificación consciente de aquella actitud; en la esencia, sospecho, hay algo más profundo y mucho menos didáctico; hay como un subconsciente deseo de sacudirse el polvo de la alquería, un como irreprimible deslumbramiento —en Azorín esto es, a veces, de una ingenuidad adorable— ante ciertas formas refinadas de cultura y convivencia en el que se adivina latente, nada más que latente, el asombro del lugareño.

Se me dirá que esto es pura teoría y habría que documentarlo; es verdad, pero tendríamos necesidad de transcribir casi íntegros los textos para subrayar esos dejos, muchas veces apenas perceptibles, donde este *provincianismo* deslumbrado se transparenta inconscientemente. Quien menos lo demuestra como es natural, es Valle Inclán en razón de ser el más aristocrático, andariego y español de los cuatro; a Unamuno se les escapa muchas veces; en Azorín, en Baroja, sobre todo en el íntimo y confidencial, es bastante notorio<sup>6</sup>.

¿Quiere esto decir que el decantado *uropeismo* “del 98” es sólo apa-

<sup>6</sup> Confr. *La soledad de Pío Baroja*, de Pío Caro Baroja (Ed. del autor - México - 1953), donde sobre el afecto familiar del libro hay rasgos inconfundibles y, sobre todo, el final del artículo sobre Azorín en las *Silueats de escritores contemporáneos*, de César González Ruano (Ed. Nacional - Madrid - 1949 - Espec. pág. 71).

riencia?; de ningún modo; era, sin duda, un anhelo de superación y reforma, pero lo que me parece evidente es que, en la médula de ese legítimo anhelo, había, también, bastante de sorpresa aldeana y, sobre todo, de entusiasmo un tanto rastacuero.

#### 6. — *Cómo escribían.*

No sé si, andando el tiempo, la perspectiva, al dar uniformidad a este grupo de escritores, podrá señalar algunas coordenadas mínimas de *estilo generacional*. Me parece difícil. Tenemos ya tomada una distancia de casi setenta años y nadie ha intentado, lo cual ya es sospechoso, una valoración conjunta de esa presumible estilística "del 98"<sup>7</sup>. Es bastante probable creer que no existía. Un dato, en apariencia inocente pero muy sugestivo, es el hecho de que, hasta ahora, por lo menos, la única forma de encasillar al grupo sea dándoles simplemente una fecha. Lo singular es que, al mismo tiempo, y en otra parte del mundo hispanohablante, se creó un *estilo* de suficiente uniformidad como para orientar no sólo una conducta estética sino, inclusive, hasta una forma de comportamiento: el *modernismo*. ¿Fueron *modernistas* los hombres "del 98"?; yo creo que sí; algunos, como Valle Inclán, sin rebozo y en lo que el modernismo tuvo de más ornamental y episódico; otros, como Unamuno o Antonio Machado, con más recato, personalidad y aun negándolo, como en el caso del último; todo esto sin contar a poetas de calidad si bien menos representativos como el otro Machado, Francisco Villaespesa o Emilio Carrere. Lo positivo, en resolución, es que el *modernismo* se dio un estilo e, inclusive, hasta llegó a una madurez del mismo, y "el 98", en lo que tuvo de esfuerzo retórico —en el sentido más técnico y limitado de la comprometida palabra— de instrumentación verbal pura, hubo de imitarlo, a veces incluso, a regañadientes.

Se los ha querido confrontar proponiendo una serie de conexiones y discrepancias esenciales; en rigor, son exactas<sup>8</sup>, pero de esa misma confrontación surge, en forma a mi entender incuestionable, el individualismo solitario de los hombres "del 98" y el hecho, no menos patente, de una relativa unidad o semejanza estilística en cuanto se aproximan a las fuentes y recursos de la escuela americana, *rubendariana* si queremos precisar.

Andando los años, los siglos, y en el remoto supuesto de que se perdieran sus datos biográficos, no sé a ciencia cierta qué posibilidades existirían de reconocer en la prosa densa, acumulativa y encrespada de Unamuno; en el sencillismo escrupuloso, estudiado y arcaizante de Azorín; en la tendencia coloquiel y macerada de Baroja o en la estofada ornamentación primera de Valle Inclán a estilos de una misma *generación*; hay, ¡quién lo duda!, tangencias y puntos de contacto lógicamente inevitables en hombres de una

<sup>7</sup> Como diremos luego, parecidos aproximados, tal algunos aspectos de Azorín y Antonio Machado en la valoración lírica de lo *vulgar* y hasta en la sencillez del tratamiento, no crean, a mi juicio, la atmósfera indispensable y, diríamos, solidaria para hablar de un *estilo generacional*.

<sup>8</sup> Confr. Guillermo Díaz Plaja: *Modernismo frente a 98* (Edic. Espasa-Calpe - Madrid - 1951). Ya el mismo título del libro es inquietante: una *escuela* y una *fecha*.



misma época, lo incierto y problemático es inferir de esos contactos o del organismo literario de cada uno un mínimo de sincronización, de "aire de familia", para diseñar la estructura de un *estilo noventayochista*.

#### 7. — *Discípulos.*

¿Tuvieron o dejaron discípulos?; la pregunta no es ociosa porque una *generación*, en el sentido más auténtico de su destino, voluntaria o inconscientemente, deja un rastro indeleble de su presencia, aunque más no sea en la misma reacción contraria de sus continuadores. No es lo importante —y dicho quedó al comienzo con explícita y hasta agradecida recordación— la presumible presencia de éste a aquél autor movido a escribir por la lectura de una página memorable de Valle o Unamuno, de Azorín o Baroja; no es, tampoco, la mínima continuidad temporal de una a otra promoción; no, lo importante sería poder destacar un grupo, una *pléyade* unamuniana o azoriniana inmediatamente formadas como resultado de una ósmosis espiritual, de esa especie de emanación contagiosa que el maestro difunde hasta formar *escuela*, sin necesidad de magisterio directo e inmediato; muchas veces, a pesar suyo; el caso contrario más notorio durante la vigencia "del 98" —y es prueba ejemplar— es, en otro orden y en otro meridiano, el de Rubén Darío.

Sin beaterías ni admiraciones personales, siempre legítimas pero que son otra cosa, ¿podría hablarse seriamente de una *escuela filosófica unamuniana*?; en estricto rigor, ¿de azorinistas o barojianos?; aparte el caso singular y, en el fondo, muy distinto de Gómez de la Serna, ¿se ha formado, no digo ya una *escuela*, siquiera un grupo de *esperpentistas*?; la comprobación documental de estos supuestos, aun poniendo en ello muy buena voluntad y hasta forzando los esquemas, se haría bastante difícil. Si bien tuvieron, y no todos, capacidad *pegadiza* y momentánea no la tuvieron trascendente y perdurable, suficiente como para integrar un *sistema generacional*. Resultaría muy complejo el averiguar ahora las razones de este fenómeno; así, sumariamente, como respuesta elemental y a discutir, podrían aducirse dos causas fundamentales: la primera, el individualismo *separatista* de sus representantes; la segunda, que esa misma actitud les dio un tono, por así decirlo, de superioridad apartadiza sin energía transmisora por lo mismo que estaba falta de un programa coherente y de una jefatura representativa.

Lo singular y desconcertante es descubrir en algunos escritores no tan significativos como figuras ortodoxas del *noventayochismo* —el término es cómodo pero falso a todas luces— inclusive, colocados por la crítica un tanto al margen del grupo, diríamos, *clásico* y canónico, descubrir, dijimos, que tuvieron un radio de influencia mucho más amplio y hasta formaron una suerte de escuela o comunidad: podría hablarse de una *poesía machadiana*, de un *teatro benaventino*, por supuesto, y aunque en otro plano muy distinto, de una *filosofía orteguiana*, incluso, en este caso, hasta con un aire de *estilo generacional* todavía, quizá, no del todo perdido.

Dan la impresión estos hombres claves "del 98" —Unamuno, Baroja, Azorín, Valle, quizá, Maeztu— de formar cada uno un islote independiente,

señero, tan desconectados entre ellos y del acaecer del tiempo, se entiende como grupo-generación, que ni siquiera han sido víctimas de esa revisión instintiva y beligerante a la cual la juventud recién venida suele someter a sus inmediatos predecesores. Han sido un grupo *tabú*, no sabría decir si por indiferencia de los sucesores o por exceso de propaganda. La contraprueba más evidente la tendríamos, en cambio, con la guerra cerrada e implacable que la generación *vanguardista* llevó contra el *modernismo*: se suele atacar, en estos casos, lo que pesa y ha formado ambiente, *escuela* y, por decirlo de algún modo, ciertos principios obligatorios; las individualidades, por muy altas que sean, importan menos<sup>9</sup>.

8. — *Dudas par a el futuro.*

Tomar actitudes proféticas a sesenta años "del 98" me parece aventurar un riesgo temerario y, en cierto modo, inútil. Verdad es que hoy se siguen leyendo: Unamuno por esa especie de existencialismo "avant la lettre", notorio, sobre todo, en *Del sentimiento trágico de la vida*; Valle Inclán por la singular modernidad de sus *esperpentos*; todo el resto, inclusive la premonitoria *Doña Inés* de Azorín, me parece haber quedado mucho más caduco y en sombra: novelística, teatro, ensayo. Permanecen sí como testimonios pero, claro, eso no es suficiente, suficiente, entendámonos, para trascender, para perdurar, para ser obra de gravitación futura.

Al cabo de cerca de setenta años sería lógico poder aislar de la "generación del 98" ese libro único y señero capaz de sobrevivir al naufragio natural e inevitable de toda bibliografía *epocal*, quiero decir, el texto ejemplar y tópico de un repertorio ideológico o de su expresión estilística; algo así como *La canción del pirata*, el *Tenorio*, *Pepita Jiménez* o la *Historia de las ideas estéticas* en la centuria pasada; me pregunto si, aparte de *Del sentimiento trágico de la vida* —y esto por circunstancias muy especiales— hay en la copiosa producción "del 98" —no manejada por el dilettante o el erudito— un libro de aquella naturaleza *popular*, se entiende como divulgación, un libro clave, único y significativo; me parece, aun para los más entusiastas, interrogante peliagudo de contestar<sup>10</sup>.

Y, quizá, en este momento, tocamos el fondo de la cuestión retomando una idea ya insinuada: a pesar de todo, y exceptuado Valle Inclán, a los hombres "del 98" les faltó, agobiados por un prurito de responsabilidad *reformadora* y tardío positivismo, facultad imaginativa como les sobró exceso de análisis; esencialmente, fueron *ensayistas* aun en aquellos géneros —verso, novela o teatro— donde el *ensayo* supone siempre desfiguración y compromiso. Un grupo sojuzgado por esta dirección mental es problemático

<sup>9</sup> Los hay, aunque tímidos, como el de Laín Entralgo: *La generación del 98* (Madrid - 1945). Quizá la sangrienta fractura de la guerra civil 1936-1939 podría ser una de las causas de esta curiosa reserva o silencio.

<sup>10</sup> Como siempre, pero está claro que ya fuera "del 98" propiamente dicho, quedan a salvo dos o tres libros de Ortega —*El tema de nuestro tiempo*, *La rebelión de las masas*— y no por razones, diríamos, generacionales, sino porque el pensador de la Universidad Central fue de los pocos, en su época, de avizorar y, sobre todo, de explicar con vigor y con supina claridad —*la cortesía del filósofo*— la esencia de su tiempo.

deje escrita una de esas obras que al ingresar y disolverse en la conciencia anónima y colectiva se transforman en paradigmas de una época. Se tiende, por la misma propensión analítica, a la obra fragmentaria y pulverizada, y aun cuando se emprendan aparentes epopeyas —el caso de Baroja y su antepasado Aviraneta— la unidad pugna por atomizarse en una serie de historias o episodios irregulares e invertebrados. Y esto, sospecho, es lo que hace “del 98” una “generación” de muchas obras notables, singulares, inclusive, premonitorias de tendencias muy recientes aunque ninguna alcance la magnitud suficiente de la ejemplaridad, la magnitud de esas creaciones cuya sustancia se incorpora al espíritu y al devenir de todos los tiempos.

9. — *Final y dedicatoria.*

Hemos escrito sin prejuicios, procurando dejar de lado toda acritud y mala intención; de ningún modo podía haberlo hecho desde el momento que, en cierto modo, y probablemente con eficacia y presencia más profunda que la ejercida por muchos profesores anónimos de mi época estudiantil, podría considerarme discípulo de aquella promoción; mas las horas no pasan en vano y hoy, a la distancia, el deslumbramiento cede paso a la reflexión; de modestas reflexiones y no de dogmática normativa se compone este artículo; lo dejo, a mi vez, para mis alumnos a quienes rogaría no aceptarlas de plano y discutir las con pasión, unánimemente; la nieve de los años hacer ver, en ocasiones, con exceso de frialdad; por eso, también, es necesario el calor de los años mozos para fundir aquel hielo porque es muy posible que dicha excesiva frialdad cristalice y desfigure el paisaje.

Ahora, y sean las cosas como fueren, vista a sesenta años, equivocada o no, creo era necesaria —a la muerte nonagenaria de su último y glorioso representante— esta revisión de la inquieta e inquisitiva “generación del 98”.

USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR